

La Historia en Marcha

LA HABANA, CIUDAD LABORIOSA.—No, no vacilo en afirmarlo, aunque esa afirmación se preste a que se ratifique la condición de "optimista" que se me atribuye, por lo cual, desde luego, no me siento lastimado ni ofendido en lo más mínimo, dicho sea para tranquilidad de los muchos y muy afectuosos amigos que de tal me califican frecuentemente. Y hago la salvedad, porque el calificativo de optimista, envuelve la idea de que el individuo de tal calificado, no percibe las cosas en la realidad de las mismas, a causa de una propensión de su espíritu que lo lleva a ser un observador un tanto superficial o mediocre, o por lo menos, muy equivocado. La Habana es una ciudad laboriosa, repito, una atareada coimena, dicho sea sin exageración.

Desde las cuatro de la madrugada escúchase ya, desde mi casa, el ruido fragoroso, ciertamente más fragoroso que en cualquiera otra línea de la ciudad, de los tranvías en movimiento en Santa Catalina que van sucediéndose cada vez a más cortos intervalos. A ese ruido se une el trompeteo de los ómnibus de la "ruta 14", arriba y abajo, por Santa Catalina y San Mariano. La marcha de tranvías y ómnibus significa motoristas, choferes y conductores ya en el trabajo a esas horas. Tales vehículos, ni los otros muchos que van entrando en circulación, marchan vacíos. Quiere ello decir, que buen golpe de trabajadores, en esas horas de la madrugada y del romper el día, están dirigiéndose ya a sus ocupaciones, lo cual es empezar a laborar. A las seis de la mañana, una de las personas de la servidumbre de mi casa, que duerme en la misma, está ya en pie, sin necesidad de despertador, para comenzar a preparar el desayuno, el hijo varón que vive aún conmigo ha de comenzar a trabajar antes de las siete, mi hija, que es maestra, sale para su escuela a las siete y media, y la que trabaja conmigo en la sesión de la mañana sabe que empiezo mi labor antes de las siete. La otra persona que sirve en la casa llega puntualmente a las ocho, desde hace años. ¿Cuántos miles y miles de personas del servicio doméstico o de personas de las familias que carecen de éste no tienen que comenzar su trabajo tan de mañana, para preparar el desayuno de los miembros de la casa, niños, jóvenes o personas de más edad, que han de partir temprano para la escuela, que es trabajo para los muchachos, y las maestras, o para sus empleos en las fábricas, que tocan sus sirenas a las siete en punto; en los pequeños talleres de la artesanía, en las tiendas de todas clases, las oficinas privadas y públicas, etc., etc.? De las cuatro a las ocho de la mañana es evidente, fuera de toda duda, que han entrado en actividad en los hogares y han marchado a sus lugares de trabajo, centenares de miles de habaneros. Solamente los niños de las escuelas públicas y privadas, los estudiantes de centros de enseñanza más elevados, las maestras y los profesores de los mismos, han de acercarse, seguramente, a la centena de miliar. Si a estos trabajadores de tipo especial, se agregan los ocupados en el transporte y en todos los demás centros y lugares de trabajo a que antes hice referencia, el ejército que ha entrado a laborar es por su número, formidable en La Habana.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

De las ocho en adelante, la intensidad del movimiento de los transportes gana en fuerza. Entran también en acción nuevos regimientos del trabajo de los más pintorescos. De los mercados salen los innumerables carretilleros empujando sus vehículos cargados de frutas, viandas, hortalizas, etc., por toda la ciudad para poner dichos artículos al alcance de la mano de las amas de casa; los choferes, de guardia en las innumerables piqueras; los empresarios en pequeño de los puestos de frutas, de las sillas de limpiabotas, de los kioscos donde se venden libros y periódicos; en fin toda esa innumerable gama de gentes laboriosas que en La Habana se ganan la vida en toda clase de ocupaciones, desde las que reclaman un gasto enorme de energía física en las obras de construcción, recogida de basuras, manejo de camiones, etc., hasta las que exigen la más tensa concentración de la mente. No sé, en verdad, cuántos sumarán, pero no tengo duda, ni creo que pueda tenerla nadie, de que en todo el radio de La Habana se elevan quienes así laboran a varios centenares de miles.

El trabajo dura por lo general, con las leyes sociales en vigor, ocho horas para el gran número. Mientras tanto con el correr de las horas no solamente entran en turno nuevos trabajadores en fábricas y servicios de transporte, sino también en establecimientos de ciertas clases, los restaurantes y casas de comida, por ejemplo, en los cuáles se emplean miles de personas. Finalmente, las redacciones, y los talleres de los periódicos, y las estaciones de radio, cines, y otros establecimientos de diversión, entran en actividad, la cual se prolonga hasta altas horas de la noche, o la madrugada. Los ociosos en La Habana son, sí, una minoría, minoría muy ínfima. Un observador y crítico de nuestras costumbres que las observase a fondo, no podría escribir hoy un libro sobre "la vagancia en La Habana", a semejanza de la memoria que escribiera Saco allá por 1830, reeditada recientemente como uno de los Cuadernos de Cultura del Ministerio de Educación, con un interesante prólogo de Rafael Esténger, obra que yo, no obstante mi admiración por Saco, no he creído nunca escrita con estricta justicia, salvo en lo que toca a la fuerte censura al régimen político y social de aquellos años.

La fauna de los vagos y de los parásitos es variada, con las tachas propias de sus diversas clases, géneros y especies, lo reconozco; pero fuera de toda duda, es una minoría reducidísima, comparada con la gente que sostiene La Habana en actividad las veinticuatro horas del día, con el esfuerzo de sus músculos y de su inteligencia en toda clase de menesteres que significan trabajo, en el más noble, propio y elevado sentido del término.

DEL TRABAJO RURAL.—A semejanza de La Habana, pienso que con vibración menos tensa y con ritmo menos acelerado, se trabaja en todas nuestras ciudades y pueblos, pero mi pensamiento se vuelve ahora hacia los campos, donde labora otro gran ejército no menos numeroso. Al romper el día, centenares de miles, sin exageración, de macheteros, carreteros, y todos los demás empleados de las colonias, están ya en acción, junto con los pesadores de caña, los ferroviarios de los innumerables trenes cañeros de los ingenios de la República, los de los ferrocarriles públicos transportando caña, azúcar, mieles y otros productos de la zafra. A éstos se agregan los millares que trabajan en los bateyes de los ingenios, en empleos de todas clases, desde los correspondientes a los obreros no especializados, hasta aquéllos que desempeñan funciones técnicas, que exigen alta preparación científica o conocimientos muy amplios en cuestiones oficinas, de contabilidad, etc.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

Prescindiendo de lo que a la zafra se refiere, cualquiera persona que recorra el país por carreteras y caminos, o que lo observe desde lo alto, en aeroplano, lo verá cultivado de un extremo a otro. Esos cultivos no brotan como la yerba; están siendo atendidos constantemente, y más tierra está siendo roturada y preparada sin cesar para sustituirlos y renovarlos. ¿Cuántos son los que laboran en las fincas, desde las mujeres ocupadas en los numerosos quehaceres de la casa y la crianza de los hijos, hasta los más recios hombres que empuñan la mancera del arado o que se inclinan sobre el surco con la guataca? Porque hay que contar como trabajadores no sólo a los que perciben un salario, sino a todo el que llena la función de hacer algo de utilidad, en el infinito número de labores que están en acción a cada minuto del día y de la noche.

en un país civilizado, ti que no considerando indiscreto el hacerlo, le gusta enterarse de las cosas del mundo. Mucha gente se queja de motoristas y conductores de los tranvías. Mi experiencia me dice que los primeros esperan por los pasajeros nueve veces de cada diez, lo cual no ocurre nunca en los Estados Unidos, y los conductores me tratan siempre amistosamente. José Antonio, mi hijo, en contacto diario con los numerosísimos extranjeros asistentes a la Conferencia de Comercio y Empleo, me ha informado que esos visitantes procedentes de más de cincuenta países distintos, estaban gratísimamente sorprendidos de la amabilidad y la diligencia de los choferes de La Habana. Asimismo, se sorprendían de la extremada cortesía, buena educación y buen servicio de los más modestos empleados de la Conferencia; encargados de manejar los ascensores y de prestar todos aquellos servicios de tipo puramente personal a los delegados y demás asistentes a la gran reunión internacional.

Esa, en verdad, es nuestra gente. Ese es el espíritu de la misma; ésa es su condición natural. Esa manera de ser es la que hace de La Habana y de toda Cuba un país laborioso, progresista, acogedor, simpático y hospitalario, según el parecer unánime de toda persona sensata, observadora y de buen juicio que nos visita. No sé si esto es optimismo o no. Es lo que veo y observo diariamente, en mi vida de trabajador. Acaso soy parcial porque me precio de serlo y de pertenecer a ese ejército laborioso. Y como lo veo y lo observo, lo escribo a la buena de Dios.

Ramiro GUERRA.

pequena, pero sirve para ganarse la vida. En un momento, dedor de pasta de guayaba, mango, naranja, etc., propone su mercancía a domicilio con insistencia. Si no se le toma nada se retira con expresión amable repitiendo la frase cortés: "Otro día será". El cartero de esta barriada, que llega casi doblado con su cargamento de cartas y de paquetes, es la alegría en persona. Comenta jovialmente la dureza de su trabajo, y aun le queda tiempo, según creo, para leer las tarjetas postales, sobre todo las que vienen del extranjero, ya

del 2 de mayo 2/48

x



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA